

nismo no ha hecho más que inculcar de nuevo esta virtud por motivos más apremiantes, y lo ha hecho más fácil por el ejemplo del Salvador; pero no lo ha inventado él.

Y, salvo las virtudes teologales, ocurre lo mismo con todas las demás virtudes. Exige de nosotros que transformemos nuestras vanas palabras, nuestros orgullosos ideales y nuestros vacíos sentimientos en actos serios; pero, al obrar así, nos coge por la palabra y responde á las exigencias de nuestra conciencia.

Así, pues, el mérito del Cristianismo, relativamente á la caridad, consiste en tres cosas. Primeramente, ha hecho pasar el amor desde las vanas fórmulas de la poesía y de las piadosas aspiraciones, á la realidad, á la virtud visible. En segundo lugar, ha revestido de un carácter sobrenatural, y ha convertido en el más elevado objeto del culto divino, ese algo que antiguamente no se le podía dar otro nombre que el de pasión. Finalmente, ha indicado á los hombres el medio de hacer de él el último resorte de todas las demás acciones, aún de las más ordinarias, ⁽¹⁾ de transformarlas así en prácticas de virtud, y de hacer de ellas la fuente de un mérito eterno. ⁽²⁾

Ahora bien, al obrar así, ha encerrado toda la doctrina de la perfección moral en una fórmula tan breve como sencilla. Allí donde la sabiduría profana ha establecido todo un ejército de medidas y artificios para que todos puedan pasar aquí bajo su vida de un modo honroso, sin tener que sufrir mucho, esta otra sabiduría, de la cual hablamos, se expresa así: «Ama, y lo habrás hecho todo.» ⁽³⁾

Allá se habla siempre de justicia. Cierto que esto sería muy excelente, si el hombre y la vida fuesen un monigote que uno pudiese partir en trozos imperceptibles, y cuyas partes pudiesen pesarse con una balanza de precisión; pero este principio de justicia hace precisamente que, á fuerza de calcular y de medir el derecho y el deber, no se acaben jamás la guerra, la envidia y las enemistades.

(1) I Cor., X, 31; XVI, 14. Thomas, 1, 2, q. 100, a. ad 2.

(2) Thomas, 1, 2, q. 114, a. 4.—(3) Rom., XIII, 8. Gal., V, 14. Col., III, 14.

¡Cuánto más sencillas son las cosas para el cristiano con su ley de caridad! Verdad es que no se le exige de ningún deber de justicia natural; pero las obligaciones que esta ley impone están ya contenidas todas en el único precepto de la caridad. ⁽¹⁾ De aquí que el que vive según la caridad, no tiene necesidad de ninguna ley que le interprete la justicia ó le fuerce á observarla. ⁽²⁾ Para él sólo existe esta cuestión: ¿Cómo puedo obrar? ¿qué puedo dar, qué puedo sacrificar? ¿de qué utilidad puedo ser? De este modo practica el bien; hace más que esto, y, sin embargo, encuentra provecho en ello, provecho que el mundo, con toda su fría justicia, no encuentra nunca.

La parsimoniosa justicia del mundo no sabe nunca suficientemente moderarse, porque siempre se ve atormentada por el miedo de poder hacer demasiado, con lo que se perjudica á sí misma. La caridad está contenta cuando todo lo ha sacrificado, y es más rica que cuando lo poseía todo.

Sí, es una gran verdad; la caridad es el mejor de todos los caminos. ⁽³⁾ Así como todo lo que forma parte del dominio de la gracia no constituye únicamente una categoría de cosas más elevadas, sino que completa al propio tiempo y perfecciona el orden natural, así ocurre también con la caridad, y esto de un modo completamente particular. Hace todo lo que la justicia debe hacer, y mil veces más que esto. Hace cosas más perfectas; hace lo imposible, y lo hace con alegría y facilidad. Satisface á toda exigencia y á toda ley; sólo hay una cosa á la que no satisface: el impulso de su corazón. ⁽⁴⁾

9. El amor como fin de toda nuestra actividad moral.—Si uno quiere saber hasta qué punto se ha acercado á su fin, es decir, á la perfección, en el orden de la naturaleza ó en el de la gracia, en qué medida puede reivindicar el nombre de hombre y de cristiano, que se examine

(1) Rom., XIII, 8. Gal., V, 14. Gal., III, 14.

(2) Gal., V, 14. Rom., XIII, 8.—(3) I Tim., I, 9.

(4) I Cor., XII, 31.

con relación á la caridad. Así como la fe es el principio de toda justicia,—porque sin fe es imposible agradar á Dios, ⁽¹⁾—así la caridad es el complemento de todo lo que la ley exige de nosotros. ⁽²⁾ Si uno lo posee todo y carece de caridad, es pobre. Aunque hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviese caridad, sería un bronce sonoro ó un címbalo resonante. Aunque tuviese el don de profecía, y conociese todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; y aunque tuviese una fe capaz de transportar las montañas, si no tuviese caridad, no sería nada. Aunque distribuyese todos sus bienes á los pobres y entregase su cuerpo á las llamas, si careciese de caridad, de nada le serviría todo ello. ⁽³⁾ Sin caridad, ni siquiera hay justicia, ⁽⁴⁾ ni, con mayor razón, perfección. Pero el que posee la caridad, puede decir que lo tiene todo. La caridad es más sublime que toda otra virtud. La caridad que testificamos á Dios con el sacrificio de la obediencia y de la paciencia, de la moderación y de la misericordia, ha sido tasada por Él á un precio más alto que el sacrificio más precioso, ⁽⁵⁾ y la caridad practicada con el prójimo vale más que el ayuno, las oraciones y la limosna. ⁽⁶⁾ La caridad es el compendio y resumen de todos los mandamientos. ⁽⁷⁾ Sólo con la caridad satisfacemos á Dios y á las exigencias de nuestro propio corazón. ⁽⁸⁾ Si uno cree poder satisfacerse con otra cosa que no sea la caridad, es prueba evidente de que no conoce ni posee la caridad. ⁽⁹⁾

Pero que nadie crea que puede descansar desde que ha experimentado en su corazón el sentimiento de la caridad. ¡Dichoso el que posee la caridad! Pero dichoso únicamen-

(1) Rom., XIII, 8.

(2) Hebr., XI, 6.

(3) Rom., XIII, 10.

(4) I Cor., XIII, 1 y sig.

(5) Augustin., *Sermo Dom. in monte*, 1, 5, 13. Thomas, 2, 2, q. 23, a. 7. Cf. 1, 2, q. 65, a. 2; q. 71, a. 4.

(6) I Reg., XV, 22. Osée, VI, 6. Eccl., IV, 17. Matth., IX, 13; XII, 7.

(7) Is., LVIII, 5 y sig. Jac., I, 27. Cassian., *Instit.*, 5, 24. *Collat.*, 2, 26. Theodoret., *Vitæ PP.*, 3.

(8) Augustin., *Ep.*, 189, 2. *Disciplina Christ.*, 2.

(9) Bernard., *In Cant.*, 83, 3, 4.

te cuando comprende que es ella el principio de una vida nueva, de una vida que no acabará nunca. Todo tendrá fin: fe, esperanza, sufrimiento, renuncia personal, sacrificios, impacientes esperanzas, milagros, esplendores y ciencia terrestres; en una palabra, todo lo que es imperfecto. ⁽¹⁾ Sólo una cosa no acabará nunca, porque es la cosa perfecta por excelencia: la caridad. ⁽²⁾ La caridad es eterna, eternamente joven y eternamente nueva. ⁽³⁾ Encuentra siempre en sí algo nuevo que dispensar de sus tesoros, ⁽⁴⁾ y encuentra eternamente en sí la fuerza para obrar con eficacia y energía, ⁽⁵⁾ eternamente en sí la imposibilidad de permanecer ociosa, ⁽⁶⁾ y la incapacidad de saldar su deuda. ⁽⁷⁾ Y, sin embargo, jamás se siente agotada. Á medida que se multiplica, crece su sed de actualidad. ⁽⁸⁾ Así es como aparece eternamente fresca, eternamente rica, eternamente viviente, y como base inagotable de una vida y de una felicidad eternas.

Si el mundo que vive para gozar, y todo lo más para la prudencia, no puede superar la frialdad de la duda, á la vista de esta descripción, es perfectamente comprensible. Sólo los iniciados,—y debiera serlo todo el mundo—saben lo que es la caridad y lo que puede hacer. Pero el que una vez se ha dado cuenta de ella por sí mismo, quizás ha experimentado demasiadas dulzuras para poderlas expresar. Pero por lo menos sabe lo que le debe. La caridad ha reemplazado su brazo; ⁽⁹⁾ se ha convertido en su pie; ⁽¹⁰⁾ le ha dado alas. ⁽¹¹⁾ Vuela, y apenas parece que se mueve; no siente ningún dolor, ninguna fatiga. ⁽¹²⁾ Con la caridad,

(1) Augustin., *Ps.*, 89, en. 17.

(2) I Cor., XIII, 8 y sig.

(3) Augustin., *Ps.*, 149, en. 1.

(4) *Ibid.*, 36, 2, 13.

(5) *Ibid.*, 31, 2, 5.

(6) *Ibid.*, 121, en. 1, XIII, 8.

(7) Rom., XIII, 8.

(8) Augustin., *Ps.* CXLVII, en. 13.

(9) *Id.*, *Sermo*, 125, 7.

(10) *Id.*, *Ps.* IX, en. 15.

(11) Augustin., *Ps.*, 103, I, 13; *ps.* 138, en. 12; *ps.* 149, en. 5.

(12) *Id.*, Joan., *tract.* 48, 1. *Sermo*, 70, 3, *De bono viduit.*, 21, 26.

ha entrado en él un nuevo espíritu. Ahora bien, tal espíritu, tal fuerza, tal trabajo, tal vida entera, y tal caridad, tal espíritu.

Por consiguiente, cada uno obra y vive según su caridad. ⁽¹⁾ La caridad es la que hace de uno lo que es y lo que debe ser. De aquí que todo dependa de que la caridad se dirija hacia uno que nos haga mejores. Ella no merece el nombre de caridad, sino cuando se dirige á uno que merece nuestro amor, y sólo lo merece quien, por la caridad, nos eleva por encima de nosotros mismos. ⁽²⁾ La caridad nivela todas las desigualdades. Como la cera es modelada por las manos del obrero, así la caridad nos forma según el modelo del Salvador. ¡Feliz el que desde el principio ha fundado su caridad en Dios! Solo él ha encontrado un modelo digno de ser copiado. ⁽³⁾ ¡Feliz, si Aquél que dirige al mundo con la palabra de su omnipotencia, ⁽⁴⁾ se une á nosotros por la caridad! En Él la debilidad se cambia en fuerza, ⁽⁵⁾ con Él, franqueamos todos los muros, todos los obstáculos. ⁽⁶⁾ Con su fuerza, soportamos con alegría—nosotros, que, hasta el presente, apenas hemos podido soportarnos á nosotros mismos,—el peso de las pruebas, de las miserias de la vida, de la carga de todo un mundo. ⁽⁷⁾

10. Cómo se encuentra el amor.—Así, pues, ¡Oh alma que tienes sed de caridad, no seas cruel contigo misma! No puedes vivir sin caridad. Has reclamado de todos la caridad, la has reclamado de ti misma, y todo te ha engañado. En vez de alabarte tu caridad, en vez de darte la caridad como recompensa, todos aquellos á quienes se la has pedido, no han hecho más que arrebátártela. Sólo hay uno que te ha ofrecido su caridad, sin que tú se la hayas pedido, y sin quitarte nada; es el mismo que te espera siempre, aun cuando le hagas esperar mucho tiempo sin

- (1) August., *C. Faust.*, 5, 11.—(2) *Id.*, *Ep.*, 155, 13, 15.
 (3) Augustin., *Sermo*, 121, 1.
 (4) Hebr., I, 3.
 (5) Phil., IV, 13.
 (6) Ps., XVII, 30.
 (7) Gal., VI, 2. Ephes., IV, 2. Augustin., *Ps.*, 129, *en.* 4.

testimoniarle amor. Así, pues, deja á un lado la falsa caridad, huye de toda caridad mediana, causa de tus sufrimientos, y aprende, por esta fidelidad, á conocer al único que merece tu fidelidad. Consagra tu amor á Aquél que no te abandonará más, si tú no le abandonas, á Aquél que velará por ti, para que no le abandones. Y si no sabes cómo hallar la caridad, empieza tan sólo á amar. El amor se encuentra amando, y sólo se encuentra el amor, amando. El amor te enseña á suspirar, á orar, para obtener el amor, á llamar á la puerta, á perseverar, hasta que el amor te abra y te acója en su casa, y entonces serás feliz. ⁽¹⁾

- (1) Augustin., *Conf.*, 4, 11, 16. *Mores eccl. cath.*, 1, 17, 31.